

LA CRÍTICA

JUAN ANTONIO MONROY



(España)

Entre la abultada correspondencia que Mercedes había amontonado en la mesa donde escribo durante mi larga ausencia, había una carta extensa escrita por un líder evangélico, amigo mío de años. En síntesis, decía que no aguantaba más, que lo dejaba todo, que no podía soportar las críticas a su persona y a su forma de trabajar.

¡Pobre hombre! ¡Lo comprendo! Criticar es lo más fácil del mundo. Quien critica nuestra obra debería mostrar la suya, y si no la tiene que calle avergonzado. Los críticos son, generalmente, personas que han fracasado en todo. Siempre ha sido una tentación de los enanos criticar a los gigantes. En toda la actividad laboral conocida existen críticos. Y nosotros, aquellos que hemos subido peldaño a peldaño en la carrera cristiana no somos una excepción. Esto hay que entenderlo y asumirlo. Así está escrito en las páginas del Libro eterno. Los predicadores, a los que de alguna manera se nos llama líderes, los cristianos en general que destacan en el trabajo de la Iglesia, siempre serán criticados. Siempre. **¿Somos más que Dios? ¿Somos más que Cristo? ¿Somos más que Abraham? ¿Somos más que Moisés? ¿Somos más que Pablo?** Pues todos ellos fueron y continúan siendo criticados. El crítico es una

persona que, como lo haría un puma, espera escondido en lo alto de un árbol para caer sobre su presa sin misericordia.

La persona que te critica nunca se fijará en lo que embellece y enriquece tu obra. No considera que es una grave falta espiritual desinteresarse por las flores que has plantado en el recorrido de tu vida. Sólo contemplará la yerba que hayas podido pisar.

Hay críticas que duelen como una mutilación genital y críticas que se instalan en la conciencia sin verlas venir.

Son golpes que escupen, que hieren. Proceden de personas que se convierten en jueces sólo porque no pueden erigirse en reyes. Parodiando a Cervantes, se puede decir que existen incluso entre los cristianos, hombres que no son buenos para el trabajo en la obra de Dios pero que son buenísimos para criticar las faltas o sobras de los que destacan.

Siempre encontraremos en nuestro entorno a personas dispuestas a ver la paja en el ojo ajeno y no ver la mota que ciega el suyo. En todas las comunidades, y la Iglesia es también una comunidad, hay perros vigilantes dispuestos a ladrar ante cualquier movimiento. Son detectives, espías de vidas ajenas entregados sin misericordia al venenoso ejercicio de la crítica. Seres que buscan la presa en el fango en lugar de remontar el vuelo hacia las alturas de la amistad, de la comprensión, de la justificación, como hace el águila cuando extiende sus alas hacia las alturas. Parece como si vigilaran con telescopios empañados las posibles manchas en otras vestiduras.

Al término de un culto dominical en el que el predicador había tratado sobre los talentos que adornan o deben adornar la vida del cristiano,

uno de los miembros destacados en la congregación se dirige al servidor de Dios y le dice:

-“Yo sólo tengo un talento”

-¿Cuál es?

-“La crítica. Criticar a mis hermanos”.

Con rápido reflejo el predicador le propone:

-“Pues haz con él lo que hizo con su único talento el siervo de la parábola en el capítulo 25 de Mateo: **¡¡ENTIÉRRALO!!**

Segunda historia de predicadores. El de aquella Iglesia tenía sobre su mesa de trabajo un cuaderno en cuya tapa se podía leer: **“Cuaderno de quejas”**. Cuando alguien le pedía hablar con él para señalar faltas que creía ver en otros, le decía:

“Muy bien. Voy a escribir sus quejas en este cuaderno y le ruego que firme con su nombre y apellidos”. Quien cuenta la historia asegura que todas las páginas del cuaderno estaban en blanco.

Generalmente, quien hace daño con su crítica es un cobarde. No da la cara. Se esconde en el anonimato. Le falta honradez y valentía para sostener en tu cara lo que dice a tu espalda.

¡Estamos desarmados! La crítica es casi siempre producto de la envidia. Y ya lo advierte Salomón: ¿Quién podrá sostenerse delante de la envidia?”. Nadie. ¿Qué hacer entonces? Nada.

Alegrarte. Porque el día que dejen de criticarte será señal de que estás muerto.